

Ingleses y prusianos en los cuentos de Guy de Maupassant

Tiene un alto valor simbólico que fuese un cuento sobre la Guerra franco-prusiana, *Boule de suif*, el que de la noche a la mañana, consagrara literariamente a Maupassant. El año de esta guerra, 1870, es una fecha de capital importancia en la historia de Europa que no suele valorarse adecuadamente en nuestros días. En 1870 podían considerarse cortes imperiales Londres, Viena, San Petersburgo y París, donde era emperador Napoleón III, el marido de Eugenia de Montijo. Para Francia, 1870 representó no sólo la derrota ante Prusia sino un cambio de régimen, consecuencia en parte de tal derrota: Francia dejó de ser *le Second Empire* para convertirse en *la IIIe République*, un régimen que ya se había ensayado a raíz de la Revolución y que va a consolidarse ahora, a la caída de Napoleón III. El número de las cortes imperiales europeas no varió porque Prusia se convirtió en imperio al firmarse la paz en el propio Versalles a comienzos de 1871: el imperio prusiano vino así a sustituir al imperio francés en tanto que régimen imperial. Para los españoles vale la pena recordar que fue el temor de Francia a la instalación de un príncipe alemán en el trono español lo que llevó a Napoleón III a declarar la guerra a Prusia. El trono español estaba vacío desde que en 1868 había sido destronada Isabel II, quien, siguiendo una tradición ya consagrada, se había exiliado

en París. La palabra imperio no sólo no estaba desprestigiada entonces sino que contribuía a reforzar el sentir nacional y patriótico de los súbditos respectivos.

Los atlas históricos y los mapas actuales nos ilustran bien sobre los resultados a que dieron lugar en las Américas y en África las colonizaciones llevadas a cabo por los distintos estados europeos. La fecha de 1870 supuso, pues, para Francia un cambio de incalculables consecuencias: si su enemigo secular había estado hasta entonces al oeste y se llamaba Inglaterra, ahora empezaba a estar al este e iba a llamarse, primero Prusia y luego Alemania. Su secular enemistad con la monarquía inglesa iba a reflejarse aún a lo largo de todo el siglo XIX y parte del XX en otros continentes, desde América del Norte hasta Asia y Oceanía, y de modo muy especial en África: lo que hoy pudiéramos llamar sin reservas irónicas *la francophonie* y *the British way of life*, parecen haberse repartido a su genérico modo el continente africano con los resultados que a diario podemos ver.

Volviendo al campo literario, debe recordarse que el cuento que hizo famoso a Maupassant, *Boule de suif*, apareció en una publicación auspiciada por Zola, titulada *Les Soirées de Médan* y cuyos relatos eran todos antimilitaristas. Sus distintos autores y otras gentes de letras en general gustaban de llamar a la invasión prusiana *l'invasion comique*: aun aceptando que sus ideas pacifistas eran sobre todo fruto de la hostilidad a Napoleón III y a su régimen, esa manera de reaccionar ante el invasor prusiano era propia del orgullo francés; llamar cómica a la victoria del enemigo es una manera sutil de que parezca que no se cree en ella. En los setenta años que siguieron a esa fecha los franceses pagarían muy caro ese desprecio en la forma de las dos Guerras Mundiales, ganadas ambas por los países llamados *los Aliados*, y en cuya alianza había entrado Francia junto a su histórico rival, Inglaterra.

Maupassant, que tenía 20 años en 1870, se las arregló, gracias a recomendaciones y protecciones, para no tener que ir al frente aunque llegó a estar movilizado. Después no parece que

sintiera nunca el espíritu de *revanche* que los franceses empezaron enseguida a cultivar y que terminaría desembocando, tras la brillantez de *la Belle Époque*, en la guerra de 1914.

La guerra franco-prusiana debió ser la última guerra, al menos en Europa, en la que los invasores se alojan con frecuencia en los domicilios de los invadidos, en especial en pueblos y aldeas. Este hecho provocaba una convivencia forzada en la que necesariamente habían de surgir situaciones dramáticas y enfrentamientos más o menos abiertos: esto constituía un filón literario excelente para obtener logrados ejemplos de patriotismo o de venganza. El famoso realismo de Maupassant hace de él un escritor esencialmente antimilitante; de ahí que los juicios y actitudes antimilitaristas que aparecen en sus relatos no tengan nada de consigna ni de panfleto, lo cual los hace literariamente más convincentes; en varias ocasiones separa con claridad el espíritu patriotero del espíritu patriótico, lo que le permite burlarse del falso ardor militar de sus compatriotas, o de su egoísmo y su cobardía, o de su habilidad para disfrazar de gallardía actitudes interesadas.

Hay una quincena de relatos en los que entran o son protagonistas en mayor o menor medida oficiales o soldados prusianos junto a otros personajes franceses. Estos relatos aparecieron casi todos de 1882 a 1884. Los cuentos en que los protagonistas son ingleses, y sobre todo inglesas, son también 14 o 15 y se publicaron en su mayoría en esos años también, algunos un poco más tarde. Antes de ocuparnos de uno y otro grupo, podemos decir que Maupassant trata con mucha más benevolencia a los prusianos que a los ingleses; o, dicho de otra manera, en los cuentos sobre los prusianos el objetivo de su sátira suelen ser los franceses, sus propios compatriotas, lo cual no ocurre en los cuentos con personajes ingleses: en éstos las víctimas de sus burlas son los propios ingleses. Maupassant veía en ellos al enemigo histórico de su país, de su patria, pero además le irritaba observar que Inglaterra y los ingleses iban por delante en cuanto a nuevas formas de vida y de comporta-

miento que tendían a ser imitadas en el continente. Maupassant se movió mucho dentro de Francia, en especial de las costas normandas a la Costa Azul, de Deauville a Cannes; viajó por Italia y por el norte de África y le apasionó Córcega; parece que apenas pisó el sur de Inglaterra aunque ciertos ingleses, como el poeta Swinburne, le impresionaron con sus extravagantes y atrevidos comportamientos veraniegos en el Étretat turístico, cuando él tenía sólo 18 o 20 años.

Boule de suif, quizá su mejor cuento y el que le dio la fama inmediata, representa una formidable y despiadada crítica de la sociedad francesa del momento; a él alude en una carta a Flaubert en estos términos: «Je travaille ferme à ma nouvelle sur les Rouennais et la guerre. Je serai désormais obligé d'avoir des pistolets dans mes poches pour traverser Rouen»¹ (I, 1295). Está bien claro que el objetivo de Maupassant no eran los prusianos sino los habitantes de Rouen, y por extensión, los franceses en general, representados por los personajes del cuento y representantes a su vez de los distintos estamentos o clases: aristocracia, comerciantes, empresarios, la Iglesia, la Revolución, las prostitutas y hasta el pueblo llano, figurado en el hostelero de Tôtes y en su mujer, en cuya boca pone Maupassant un ardiente alegato pacifista. Este muestrario del cuerpo social francés nos lo presenta el autor en la diligencia en la que estos habitantes de Rouen tratan de huir de la guerra, cruzar el territorio ocupado ya por los prusianos y ganar finalmente Inglaterra. El viaje se ve interrumpido por un oficial prusiano, al cruzar un pueblo, que, atraído por los encantos de Boule de suif, pretende acostarse con ella; las reacciones y el comportamiento de los ocupantes de la diligencia ante el motivo que les interrumpe el viaje, y, antes de ese momento, la convivencia de todos ellos en el vehículo, así como su actitud final,

(1) Nota de L. Forestier en su edición de Maupassant, *Contes et Nouvelles*, Bibliothèque de la Pléiade, I, II, París, 1974, 1979, I, p. 1.295. Los textos de Maupassant citados en este artículo remiten todos a esta edición.

después de haber conseguido el oficial alemán lo que quería, eso es el argumento de la historia. La agudeza y la verdad estética de lo observado, tipos y situaciones, todo aparece realzado por la moraleja final: la única persona decente es la prostituta, Boule de suif. El oficial prusiano que nos presenta Maupassant es elegante, insolente y probablemente racista; habla excelente francés aunque con la fonética a la que el autor saca partido en numerosas ocasiones; sólo en tres momentos de la historia aparece: en el primero como personaje mudo, al llegar la diligencia a Tôtes: es altivo con los hombres y correcto con las señoras; aparece con los trazos justos para no resultar agradable, pero en el contexto y frente a los personajes franceses, no despierta en el lector el desprecio que éstos inspiran. El lector tampoco puede evitar la idea de que si las tropas invasoras y ocupantes de un país, cometen en todos los tiempos más o menos violaciones, este oficial prusiano no hace sino exigir la satisfacción carnal a una profesional del amor; uno puede sin duda preguntarse por qué se niega Boule de suif a las pretensiones del germano pero el lector intuye que es una forma de patriotismo; sin embargo, sus compatriotas encuentran de un egoísmo intolerable tal negativa, toda vez que es lo que les impide seguir el viaje, un viaje que, para colmo, es una huida; la hipocresía de esta sociedad alcanza su culminación cuando se nos muestra el desprecio con que la tratan después, cuando el prusiano, conseguidos sus propósitos, les permite continuar el viaje.

Le mariage du lieutenant Laré es un episodio entre militar y romántico, una novelita rosa dedicada a las lectoras parisinas: el prestigio del uniforme, tan decimonónico en toda Europa, más un comportamiento valiente, producen un matrimonio-premio, a saber, la boda del teniente Laré, tras ser ascendido ya a capitán, con la hija de un conde, quien se la ofrece en matrimonio, como todavía se hacía entonces entre la aristocracia; la gallardía de Laré consiste en que sus hombres salvan de caer en manos de los prusianos a la joven y a su padre, extraviados en un bosque de Normandía. Este relato de

corte patriotero lo aprovechó el autor otras dos veces, llamándolo primero *Souvenir* y luego *Les idées du colonel*: en el primero la presencia de la joven entre los soldados está vista con ojos puramente carnales y no hay matrimonio final entre la joven y su salvador; en el segundo, Maupassant convierte el suceso bélico en una elucubración de tono festivo sobre la importancia de la mujer en la vida y en la sociedad francesas. Maupassant gustaba de este ejercicio literario consistente en tratar un mismo argumento desde distintos puntos de vista, consiguiendo así diferentes resultados estéticos, siempre logrados.

El mejor cuento antiprusiano es *Mademoiselle Fifi*, nombre que no es el de ninguna señorita francesa sino el de un jovencísimo y apuesto oficial prusiano, aristócrata de cuna, quien, como muchos de sus compañeros, habla muy bien el francés y que emplea sin cesar un latiguillo coloquial de la época, *fi, fi, donc!* Esta expresión podría traducirse al español por algo así como «¡ay, qué asco!», de modo que el título del cuento podría equivaler a «La señorita remilgos», por ejemplo. El oficial alemán repetía tanto tal exclamación que sus compañeros habían terminado por llamarle así, con semejante apodo. Este grupo de oficiales, alojado en una mansión señorial próxima a Rouen y a la que maltratan con refinada obstinación, se halla en tal situación de permanente aburrimiento, que en un día de lluvia incesante y espesa, decide mandar venir de la ciudad a un grupo de prostitutas para celebrar una juerga; cuando llegan, cada uno de ellos elige una; al rubio y aristocrático oficial del apodo le toca Raquel, una morena impresionante y de sangre judía, añade el texto. En el banquete corre tanto el vino que llegan pronto a los brindis y los brindis se vuelven peligrosos con el patriotismo: Raquel termina defendiendo a las mujeres francesas y espetándole a la cara a su compañero la tremenda frase: «Moi! moi! Je ne suis pas une femme, moi, je suis une putain; c'est bien tout ce qu'il faut à des Prussiens» (I, 395).

Antes de recibir la segunda bofetada Raquel le clava un cuchillo en la garganta al joven oficial y salta por una ventana

abierta del salón que da al jardín, se pierde en la oscuridad y desaparece; la búsqueda de los prusianos resulta infructuosa; el comandante ordena al cura del pueblo que se toque a muerto en el entierro del oficial y a partir de ese día las campanas repican a diario; sólo el cura y el sacristán saben que Raquel está escondida en el campanario y allí seguirá hasta la marcha de los prusianos; cuando éstos abandonan el pueblo el cura acompaña a Raquel en el carro del panadero hasta la entrada de Rouen y ella regresa a su burdel cuya patrona la creía muerta; el cuento termina así: «Elle en fut tirée quelque temps après par un patriote sans préjugés qui l'aima pour sa belle action, puis l'ayant ensuite chérie pour elle même, l'épousa, en fit une Dame qui valut autant que beaucoup d'autres» (I, 397). Aunque este tipo de comportamiento no era del todo inverosímil, en especial entre gentes del campo, el empleo de la palabra *patriote* es bien expresivo: Maupassant hace un canto a lo que en nuestro siglo se llamó *la Résistance*, pero curiosamente, son una vez más las prostitutas las que defienden a la Patria, en este caso arriesgando su propia vida. *Mademoiselle Fifi* es el único cuento en el que los oficiales prusianos aparecen con nombres propios, retratados física y moralmente, con comportamientos absolutamente condenables y como auténticos enemigos de Francia y de la civilización francesa.

Otro relato donde Maupassant vuelve a servirse del fenómeno de la prostitución como vehículo del patriotismo es el titulado *Le lit 29*. Esta historia es mucho más amarga: una entretenida de Rouen, Irma, abandona su excelente posición económica al enamorarse del capitán Épivent cuyo regimiento está de guarnición en la ciudad; la guerra los separa y al acabar las hostilidades, el capitán Épivent, prototipo del Don Juan militar de la época, termina localizando a Irma en un hospital; está gravemente enferma de sífilis; ella le cuenta en una escena dramática y triste que, durante la ocupación prusiana, tras ser violada, se ha dedicado a contagiar a cuantos oficiales prusianos ha podido, negándose incluso a tratarse su enfermedad. Épivent se siente

sinceramente emocionado y apenado, pero al cabo de unas pocas visitas, decide no volver a verla por temor a las burlas de que es objeto en el comedor de oficiales por parte de sus compañeros que han terminado por enterarse del suceso; en la última entrevista, cuando él le anuncia que no vendrá más a verla, Irma estalla de cólera y le habla en estos términos: «Ah! oui, tu es un joli poseur. Je te connais, va. Je te connais. Je te dis que je leur ai fait plus de mal que toi, moi, et que j'en ai tué plus que tout ton régiment réuni... va donc... capon!» (II, 185). Una vez más Maupassant retrata en esta historia a sus compatriotas y da a entender que lo mejor de tal sociedad son las prostitutas.

La folle es un cuento muy breve donde, como en el resto de los relatos aún no comentados, Maupassant subraya el absurdo de la guerra y las tragedias que ésta provoca; un oficial prusiano está alojado en casa de una señora que no se levanta nunca de la cama desde que, a raíz de tremendas desgracias familiares, ha perdido el juicio; la atiende una vieja criada; el orgulloso alemán cree que la negativa a levantarse es por odio hacia él y termina ordenando a sus soldados que en el propio colchón donde yace la enferma la abandonen en un bosque cercano; el narrador de la historia encuentra los restos del cadáver cuando va de caza en el otoño siguiente. Maupassant parece también apuntar aquí a un cierto complejo de inferioridad encarnado en la barbarie prusiana, frente a la superior civilización francesa, idea que estaba en el aire de la época y que halagaba a los franceses.

En *Le Père Milon* y en *La Mère Sauvage* Maupassant cuenta sendas historias de venganzas personales: ambos, Milon y la Sauvage, mueren heroicamente, fusilados, tras confesar que son los autores de las muertes de unos cuantos soldados prusianos, asegurando que las han llevado a cabo para vengar las muertes de sus respectivos hijos en la presente guerra. En ambos cuentos Maupassant subraya con mucho talento lo absurdo que resulta la guerra para un campesino, a menudo pobre, que bastante tiene con la dureza de la vida cotidiana; en *La Mère Sauvage* se nos dice literalmente:

... car les paysans n'ont guère les haines patriotiques; cela n'appartient qu'aux classes supérieures. Les humbles, ceux qui paient le plus parce qu'ils sont pauvres et que toute charge nouvelle les accable, ceux qu'on tue par masses, qui forment la vraie chair à canon, parce qu'ils sont le nombre, ceux qui souffrent enfin le plus cruellement des atroces misères de la guerre, parce qu'ils sont les plus faibles et les moins résistants, ne comprennent guère ces ardeurs belliqueuses, ce point d'honneur excitable et ces prétendues combinaisons politiques qui épuisent en six mois deux nations, la victorieuse comme la vaincue.

(I, 1219-1220)

Maupassant que no era nada dado a divagaciones de ensayista aparece aquí desbordado por sus sentimientos pacifistas.

L'aventure de Walter Schnaffs y *Les prisonniers* son dos parodias deliciosas del falso ardor bélico francés: la captura de un soldado alemán, un gordito padre de familia y que, muerto de miedo, procura caer prisionero lo antes posible, y la captura de unos soldados prusianos que se han refugiado en la casa de un guarda forestal, se convierten respectivamente en la pluma de Maupassant en una estupenda parodia de heroicos asedios imaginados e imaginarios: la comicidad de Maupassant alcanza estupendas calidades, sobre todo en el primer relato y le sirve para burlarse una vez más de la guardia nacional, cuyos soldados hacen prisionero al buen prusiano que se ha quedado dormido en la cocina de la mansión donde se había metido, tras saciar un hambre de tres días de ayuno; el relato termina con esta burlesca frase: «Le colonel Ratier, marchand de drap, qui enleva cette affaire à la tête des gardes nationaux de La Roche-Oysel, fut décoré» (I, 801).

En *Les Rois* se trata casi de un esperpento: la comicidad que representa la cena del día de Reyes de unos oficiales franceses en compañía de unas pobres viejas del asilo local porque no hay otras mujeres en el pueblo, se convierte en tragedia cuando el soldado que está de guardia mata a un pobre pastor totalmente sordo que no ha oído al centinela darle el alto: un francés mata a otro francés.

Un relato trágico es el titulado *L'horrible*: el ejército francés huye en desbandada, un hombre mal vestido que sigue a la tropa pregunta día tras día por la artillería: corre el rumor de que quizá se trate de un espía y esto basta para que la soldadesca lo linche; un oficial manda que registren el cadáver y luego que lo desnuden: resulta ser una mujer: uno de los presentes dice entonces que quizás era una madre buscando a su hijo, soldado de artillería; la irracionalidad de las muchedumbres en tales circunstancias está logradísima y la terrible anécdota se convierte en el mejor canto a la paz.

Saint-Antoine es un normando bestial al que llaman así de apodo sus paisanos: es un viudo muy corpulento, gran comedor y gran bebedor, además de mujeriego, que tiene alojado en su casa a un joven soldado alemán que no habla palabra de francés, ni lo entiende tampoco, un muchacho lento y pacífico de carácter; el normando, en vista de su apodo, descubre pronto que es graciosísimo ir por las tabernas con el soldado prusiano llamándole a voces *cochon* de modo que la gente pueda decir al verlos llegar: «ahí vienen San Antón y su cochino»; en las tabernas el normando obliga al prusiano a beber con él; un día la ingestión de aguardiente alcanza tales grados que el normando le insulta y le pega, y el alemán se defiende: Saint Antoine termina matándolo con una herramienta del establo y lo entierra luego en el enorme montón de estiércol que tiene en su corral; luego bebe más aguardiente y se echa a dormir y a la mañana siguiente se despierta como nuevo y empieza él mismo preguntando a los oficiales alemanes por su soldadito desaparecido; el relato termina con una frialdad de columna de sucesos:

Comme on connaissait leur liaison, on ne le soupçonna pas; et il dirigea même les recherches en affirmant que le Prussien allait chaque soir courir le cotillon.

Un vieux gendarme en retraite, qui tenait une auberge dans le village voisin et qui avait une jolie fille, fut arrêté et fusillé.

(I, 779)

Se trata de un episodio propio de un país ocupado por el enemigo donde una simple sospecha basta para condenar. Maupassant, además de aludir así al absurdo de la guerra, presenta a un francés de un bajísimo nivel moral, como la causa de la muerte de otro compatriota inocente. Del soldado prusiano no se nos dice siquiera el nombre: en el cuento no sirve más que para subrayar por contraste la figura monstruosa del normando.

Deux amis es quizás el cuento más cruel entre los que el autor dedicó a esta guerra: son dos amigos parisinos, grandes aficionados a la pesca, que en el París asediado por los prusianos, salen un día con un salvoconducto que consiguen por una recomendación, y se dirigen al Sena en una zona que creen tierra de nadie; se ponen a pescar y al cabo de un rato los sorprende una patrulla alemana: conducidos ante el oficial éste les pregunta cuál es el santo y seña que los centinelas franceses han tenido que darles al salir; ellos no saben de ningún santo y seña; el oficial les explica que con arreglo a las leyes de la guerra no tiene más remedio que fusilarlos, porque para él son espías que han pretendido acercarse a las líneas prusianas. Los dos amigos se estrechan la mano antes de morir y el oficial manda luego que le frían los peces que aquellos habían pescado. Éste es probablemente el relato que mejor despierta en el lector el espíritu patriótico, razón por la que sin duda lo reprodujeron varias revistas en los años siguientes; el oficial prusiano, que también habla un francés excelente, aparece como un personaje cruel y odioso, pero es un hecho que se atiene a un reglamento entonces vigente, que permitía a los ejércitos contendientes fusilar legalmente a los espías, probados o no. Lo interesante del relato es que, antes del trágico final, Maupassant, por boca de sus propios personajes, cuando están pescando, lanza contra las guerras en general su más encendido anatema; cuando se ponen los dos amigos a pescar empiezan a oírse cañonazos lejanos:

Morissot, qui regardait anxieusement plonger coup sur coup la plume de son flotteur, fut pris soudain d'une colère d'homme paisible

contre ces enragés qui se battaient ainsi, et il grommela: «Faut-il être stupide pour se tuer comme ça».

M. Sauvage reprit: «C'est pis que des bêtes».

Et Morissot, qui venait de saisir une ablette, déclara: «Et dire que ce sera toujours ainsi tant qu'il y aura des gouvernements».

M. Sauvage l'arrêta: «La République n'aurait pas déclaré la guerre...».

Morissot l'interrompit: «Avec les rois on a la guerre au dehors; avec la République on a la guerre au dedans».

(I, 735)

El pacifismo de Maupassant aparece aquí sazonado por el gran escepticismo que la política despertaba en él. El canto a la paz está reforzado desde el principio por el amor a la naturaleza, que culmina en la pasión pescadora de los dos amigos, la belleza del río y sus parajes, el día primaveral, la rememoración de los buenos tiempos pasados al encontrarse en una calle del París asediado y tomarse una copita en una taberna, momento en que se animan a buscar el salvoconducto para poder salir... De todas las muertes de aquella guerra la de estos dos parisinos parece la más absurda, tal es el amor que ellos tienen a la vida.

Como dijimos al comienzo, Maupassant tiene también una docena larga de relatos donde hay, o protagonistas ingleses o alusiones directas a Inglaterra y sus habitantes. En la mayoría de estos relatos Maupassant nos deja ver la distancia que a sus ojos separaba a los franceses de los ingleses: en sus formas de vida, en sus comportamientos, en sus gustos y hasta en sus atuendos; esa distancia entre lo francés y lo inglés se daba también entre los ingleses y los demás países europeos en general, sobre todo los mediterráneos: las peculiaridades de los británicos vienen de atrás y han seguido vivas hasta nuestros días.

De la actitud de Maupassant quizá lo más curioso es que sean las inglesas, ellas mucho más que ellos, las que concentren su despiadada sátira, hasta el punto de haber creado un tipo, el de la solterona solitaria, independiente y viajera, tipo que encarnó magistralmente en *Miss Harriet*. Lo que hoy llamamos

machismo imperaba en la Europa decimonónica y en la obra de Maupassant es algo constante. Sin embargo, en Inglaterra había ya ejemplos bien patentes de la creciente importancia de la mujer en la vida pública: basta recordar nombres como los de Mary Wollstonecraft y Florence Nightingale. El feminismo estaba ya en el horizonte y la aguda sensibilidad de Maupassant lo asociaba justamente con las inglesas. En un cuento juvenil de 1875, cuando Maupassant, a sus 25 años, tantea todavía las posibles vías del arte narrativo, hay una sátira muy divertida a propósito de una reunión de sufragistas de distintos países en un local de París; el relato se titula *Séance publique*: el autor saca partido del mal francés que hablan las oradoras y carga las tintas en la inglesa de turno; en una atmósfera de soflamas libertarias dirigidas a un populacho parisino Maupassant consigue sus mejores efectos cómicos al presentar en la primera fila de butacas a un negro, joven apuesto y corpulento, que se retuerce de risa en su asiento al oír los inflamados discursos de las oradoras. Del mismo año es también *La main d'écorché*, un relato donde, junto a otros elementos que iban a aparecer muchas veces en su obra (el miedo, el misterio, la locura, lo sobrenatural) hay alusiones a Inglaterra; la mano disecada que sirve de título al cuento procedía de un episodio real: había pertenecido al poeta inglés Swinburne que escandalizaba a los veraneantes de Étretat con sus amistades y su conducta, y a quien Maupassant conoció en uno de aquellos veranos. Varios años después, en 1883, Maupassant volvió a utilizar el tema en un cuento que tituló simplemente *La main*, situándolo en Córcega pero con un protagonista inglés, un aventurero de vida misteriosa, que ha venido de Suramérica y que termina siendo estrangulado, de modo sobrenatural, por aquella mano disecada que él tenía colgada a la cabecera de su cama y que era, según decía él, la de su peor enemigo, alguien a quien él había matado allá en América.

El primer relato donde Maupassant zahiere sin piedad a las inglesas es el titulado *Épaves*, palabra que en francés se emplea mucho con el valor metafórico de ruina humana; empieza lla-

mando ruinas del verano a un padre con tres hijas casaderas que acuden a la playa cada año en busca de novios y que son las últimas en abandonar el lugar; el narrador, en primera persona, ve desaparecer al grupo y en ese momento llaman su atención las voces de dos jóvenes, altas y desgarbadas, que contemplan el océano:

Je reconnus des Anglaises.

Car, de toutes les épaves, celles-là sont les plus ballottées. A tous les coins du monde, il en échoue, il en traîne dans toutes les villes où le monde a passé.

Elles riaient, de leur rire grave, parlaient fort, de leurs voix d'hommes sérieux, et je me demandais quel singulier plaisir ces grandes filles, qu'on rencontre partout, sur les plages désertes, dans les bois profonds, dans les villes bruyantes et dans les vastes musées pleins de chefs-d'oeuvre, peuvent ressentir à contempler sans cesse des tableaux, des monuments, de longues allées mélancoliques et des flots moutonnant sous la lune, sans jamais rien comprendre à tout cela.

(I, 328)

En *Rencontre* y en *Humble drame* el narrador, que viaja como turista por tierras provenzales, se encuentra con una solitaria viajera en sendos hospedajes; la mujer es idéntica en ambos casos, una viuda de edad, madre de un hijo único al que considera perdido porque su nuera se lo ha llevado de su lado y de su país, en el primer relato a América y en el segundo a Inglaterra: es, pues, la nuera inglesa quien le ha robado a su hijo, condenándola así a una soledad total.

El cuento donde Maupassant crea el tipo inconfundible de inglesa es el titulado *Miss Harriet*. Este cuento es una gran ampliación, modificada y enriquecida, del que un año antes había publicado Maupassant en el periódico con el título de *Miss Hastings*, nombre que el autor, como buen normando, utilizó quizás a propósito, pensando en la batalla del s. XI. Fue su editor quien le convenció para que cambiase el título en la nueva versión del cuento. Es un relato de unas veinte páginas donde, aparte de la trágica historia, el autor utiliza a todos los personajes que

entran en ella, la protagonista inglesa y numerosos franceses, para subrayar con agudos trazos la distancia que separaba a Francia de Inglaterra, siempre, naturalmente, desde el punto de vista francés. El relato de *Miss Harriet* está puesto en primera persona en boca de un hombre maduro, con abundantes amoríos y que en su juventud había tenido éxito como pintor; este narrador cuenta la historia a un grupo de amigos parisinos que viajan con él a través de Normandía y que, en un momento dado, le piden el relato de una historia de amor; él les anuncia que se trata de la más triste de su vida. Se trata, pues, de la evocación de un suceso acaecido en su juventud y en los mismos lugares en que ahora se halla; esta perspectiva temporal que Maupassant cultiva con maestría en muchos relatos, contribuye a realzar los rasgos de lo que la historia tiene de retrato recuperado del pasado. En una de sus andanzas por la costa normanda, buscando paisajes para sus pinceles, el narrador, joven entonces, conoce a una inglesa poco agraciada, tímida, mayor que él, intensa en sus emociones, que siente un generoso y desbordado amor por todas las criaturas de la creación, y que, a través de ellas, siente y ama a Dios ardientemente; se nos dice además que la inglesa reparte propaganda protestante. Este detalle, reflejo sin duda de una realidad histórica, tenía raíces antiguas; para los españoles basta recordar el caso de Borrow, el famoso Don Jorgito en la España de cincuenta años antes. El narrador describe a la inglesa en lo que, a los ojos de un francés, era un desafortunadísimo atuendo: los trazos del retrato rozan la caricatura. El joven pintor y la inglesa están hospedados en la misma posada, una casa rústica de una aldea normanda. Maupassant tiene el talento de presentar a Miss Harriet, no sólo a través del narrador sino sobre todo a través de las opiniones que tienen de ella las gentes del lugar: ese es el verdadero logro literario de la historia:

Dans le village on ne l'aimait point. L'instituteur ayant déclaré: «C'est une athée», une sorte de réprobation pesait sur elle. Le curé, consulté par Mme Lecacheur, répondit: «C'est une hérétique, mais Dieu ne veut pas la mort du pécheur, et je la crois une personne d'une moralité parfaite».

Ces mots «Athée - Hérétique», dont on ignorait le sens précis, jetaient des doutes dans les esprits. On prétendait en outre que l'Anglaise était riche et qu'elle avait passé sa vie à voyager dans tous les pays du monde, parce que sa famille l'avait chassée. Pourquoi sa famille l'avait-elle chassée? À cause de son impiété naturellement.

(I, 881)

Esta visión de la inglesa a través de los naturales de la aldea prueba bien la distancia que separaba a los habitantes de un país católico y rural de los habitantes de un país protestante y mucho más industrializado. La descripción del personaje se completa con palabras del narrador en estos términos:

C'était, en vérité, une de ces exaltées à principes, une de ces puritaines opiniâtres comme l'Angleterre en produit tant, une de ces vieilles et bonnes filles insupportables qui hantent toutes les tables d'hôte de l'Europe, gâtent l'Italie, empoisonnent la Suisse, rendent inhabitables les villes charmantes de la Méditerranée, apportent partout leurs manies bizarres, leurs mœurs de vestales pétrifiées, leurs toilettes indescriptibles et une certaine odeur de caoutchouc qui ferait croire qu'on les glisse, la nuit, dans un étui.

Quand j'en apercevais une dans un hôtel, je me sauvais comme les oiseaux qui voient un mannequin dans un champ.

(I, 881)

Las opiniones de las gentes del pueblo las corona Maupassant con la que tenía de la inglesa la patrona, la Sra. Lecacheur:

Elle avait trouvé un terme pour la qualifier, un terme méprisant assurément, venu je ne sais comment sur ses lèvres, appelé par je ne sais quel confus et mystérieux travail d'esprit. Elle disait: «C'est une démoniaque.» Et ce mot, collé sur cet être austère et sentimental, me semblait d'un irrésistible comique.

(I, 882)

La Sra. Lecacheur encontraba impropio de personas normales curarle la pata a un sapo atropellado por un carro o comprarle un pez recién pescado a un pescador para devolverlo vivo al agua, cosas que Miss Harriet había hecho. Todavía más

desfavorables eran otras opiniones: «Le garçon d'écurie, qu'on appelait Sapeur parce qu'il avait servi en Afrique dans son jeune temps, nourrissait d'autres opinions. Il disait d'un air malin: «Ça est une ancienne qu'a fait son temps» (I, 882). Es muy aguda la idea de Maupassant haciendo que en el torpe espíritu del rústico se identifiquen una conducta moral reprochable y un pasado ignoto por lo que tiene de extranjero. Miss Harriet se suicida arrojándose al pozo que hay en el corral de la casa la misma noche que ve al pintor retozando con la criadita de la posada. Esa misma mañana el joven pintor había anunciado a la patrona que se marcharía al día siguiente, decisión que toma un tanto asustado ante aquel amor que él había despertado en la inglesa y que en sus breves pero reiterados encuentros había dado lugar a escenas con repentinos sollozos y súbitas separaciones. La recuperación del cadáver está vista con un realismo en el que no falta la nota cómica; en él aparece una nota de la suicida pidiendo ser enterrada en aquel pueblo. El pintor, horrorizado, se pregunta si es él el causante de aquella muerte; se niega a que le acompañen en aquella noche de vela, noche de pensamientos amargos y pesimistas que Maupassant no escatima en muchos otros velatorios. A la salida del sol, la hora predilecta de Miss Harriet, el pintor rinde culto a la muerta con grave solemnidad: «J'ouvris toute grande la fenêtre, j'écartai les rideaux pour que le ciel entier nous vît, et me penchant sur le cadavre glacé, je pris dans mes mains la tête défigurée, puis, lentement, sans terreur et sans dégoût, je mis un baiser, un long baiser, sur ces lèvres qui n'en avaient jamais reçu» (I, 894-5). El logro estético de este cuento no está solo en la trágica historia sino en la visión que tienen de los ingleses y de lo inglés los personajes franceses que aparecen en él, personajes rústicos y de un medio rural, ciertamente, y cuya visión está teñida de unos soberbios ingredientes de comicidad. Esta comicidad es producto de la distancia que en el espíritu de los pueblerinos franceses adquiere un personaje extranjero cuya conducta les resulta rara y extravagante. En cierto modo es la

risa del rústico ante la urbanidad. Si Maupassant había esbozado ya la tragedia de la soledad femenina en *Rencontre* y en *Humble drame* en la figura de una viuda cuyo hijo único se iba lejos de ella, Miss Harriet representa la soledad de la mujer que no ha conocido compañía y que se ve abocada al suicidio cuando se enamora de un imposible. Aunque en la obra de Maupassant aparezcan otras solteras, a ésta que muere en las circunstancias descritas la hace inglesa; los pensamientos del propio narrador en la noche de vela son también reveladores:

Je la regardais à la lueur des chandelles, la misérable femme inconnue à tous, morte si loin, si lamentablement. Laissait-elle quelque part des amis, des parents? Qu'avaient été son enfance, sa vie? D'où venait-elle ainsi, toute seule, errante, perdue comme un chien chassé de sa maison. Quel secret de souffrance et de désespoir était enfermé dans ce corps disgracieux, dans ce corps porté, ainsi qu'une tare honteuse, durant toute son existence, enveloppe ridicule qui avait chassé loin d'elle toute affection et tout amour?

(I, 894)

El desconocimiento del pasado de la inglesa, que al principio del relato tenía un cierto halo de misterio para el pintor, aparecía ahora visto con otras luces. En términos sociológicos, y como ya vimos a través de las opiniones de las gentes del lugar, cabría decir que era la movilidad de los ingleses lo que provocaba la irritación y la hostilidad de los franceses: el frecuente uso de la palabra *errante* en todos estos cuentos ilustra bien el fenómeno. A pesar de lo que hemos dicho acerca de la actitud de Maupassant hacia las inglesas, hay tres cuentos, *Découverte*, *Bombard* y *L'épave* donde las protagonistas respectivas están vistas con otros ojos, mucho menos desfavorables; en las tres historias la protagonista se llama Kate, como si el autor, pensando quizás en una inglesa de carne y hueso, hubiera buscado y logrado adrede resultados estéticos distintos. La Kate de *Découverte* y de *L'épave* es la misma físicamente: el descubrimiento del primer relato consiste en que un francés que se ha casado enamoradoísimo con una muchachita inglesa a la que conoce en una famosa

playa normanda (las que inmortalizan los impresionistas del momento) resulta no ser más que un lorito sin nada en la cabeza: rubia, de ojos azules, de familia típicamente inglesa y chapurreando un francés ininteligible: todo eso eran atractivos para el joven francés, quien, desengañado, le cuenta ahora su caso a un amigo en uno de los barquitos que en verano van de Le Havre a Trouville; el encanto de Kate, producto de su ininteligible francés, se ha vuelto repugnancia porque ahora se la entiende —dice el marido— a pesar de seguir hablándolo igual de mal; y le dice amargado a su amigo: «Ah! tu ne les connais pas, toi, les opinions, les idées, les théories d'une jeune Anglaise bien élevée, à laquelle je ne peux rien reprocher, et qui me répète, du matin au soir, toutes les phrases d'un dictionnaire de la conversation à l'usage des pensionnats de jeunes personnes» (II, 318).

Esta Kate, rebosante de naturalidad y con los mismos rasgos físicos, aparece en *L'épave*: un padre con tres hijas visitan, con sus lápices y sus cartones, como se hacía entonces, un barco encallado en la arena a pocos metros de la costa, cerca de La Rochelle; el narrador es un joven inspector de una compañía de seguros que está reconociendo el barco; entablan conversación y cuando se dan cuenta la marea ha subido y les resulta imposible abandonar el velero; tienen que pasar allí la noche que es precisamente la del 31 de diciembre; el oleaje arrecia un poco y una sacudida los derriba a todos: el francés se encuentra la cabeza de Kate en sus manos y le da un apasionado beso; a la mañana siguiente los rescata un remolcador; se separan y prometen escribirse; y desde entonces, dice el narrador, Kate le escribe todos los fines de año desde Nueva York, donde se ha casado y donde cría una familia; y en su carta anual ambos recuerdan siempre aquel particular encuentro. El relato es como la historia de un hipotético amor llevado a cabo en la fantasía del narrador, quien nos describe así a los ingleses: «Ils n'avaient rien de la morgue anglaise, ces gens; c'étaient de simples et braves toqués, de ces errants éternels dont l'Angleterre couvre le monde» (II, 663).

En *Bombard* la protagonista es inglesa y también se llama Kate. Bombard es un joven normando que no ha venido a este mundo más que para pasarlo bien, pero su problema es que no es rico; en el paseo famoso de Trouville conoce a una atractiva inglesa, viuda joven y con 15.000 francos de rentas seguras; se casan a los tres meses y se van a vivir a París; con los 400 francos mensuales que él le ha exigido para sus gastos de bolsillo, Bombard se paga todos los amoríos que quiere y que son toda su felicidad; la mujer lo adivina y sin dar explicaciones exige el traslado del domicilio a una pequeña ciudad, Mantes; allí Bombard se aburre muchísimo pero pronto consigue a través de un amigo lo que necesita para seguir siendo feliz: una criada tosca y fea entra en la casa, advertida ya de los motivos; como la Sra. Bombard se acuesta pronto y el marido viene tarde del café, donde juega la partida con sus amigos, Victorine, la criada, le espera en el portal de la casa cuando él se lo indica; con cinco o diez minutos le basta y la chica se va luego encantada a su buhardilla con los 20 francos que Bombard le da; una noche, Bombard, tras el encuentro furtivo en la oscuridad del portal, se pone nervioso al llegar a su alcoba y no encontrar allí a su mujer, pero ésta aparece enseguida con una vela: había ido a la cocina a beber un vaso de agua. Al día siguiente, cuando Victorine les sirve las chuletas, la Sra. Bombard le pone una moneda de 20 francos en la mano y le dice en un francés abominable: «Tené, ma fille, voilà vingt francs dont j'avé privé vô, hier au soir. Je vô les rendé» (II, 370). Victorina y el marido se quedan de piedra. La historia, contada con mucho gracejo y concisión, es un relato de corte cómico y festivo en el que Maupassant lleva a cabo uno más de sus innumerables ensayos sobre el amor y el matrimonio. En esta historia Maupassant elige como protagonista a una viuda inglesa, autoritaria y ardorosa a un tiempo, a la que retrata además como expresión de la más pura flema inglesa, rasgo que siempre ha impresionado mucho a los franceses; el retrato de esta Kate está visto así:

Et elle savait vouloir en tout, de jour comme de nuit, d'une façon qui forçait les résistances.

Elle ne se fâchait pas; elle ne faisait point de scènes; elle ne criait jamais; elle n'avait jamais l'air irrité ou blessé, ou même froissé. Elle savait parler, voilà tout; et elle parlait à propos d'un ton qui n'admettait point de réplique.

(II, 368)

El cuento, además de subrayar la famosa flema de los británicos, tiene todo el sabor de un fabliau medieval. Conviene recordar también que la luz eléctrica, incipiente en tiempos de Maupassant, ha cambiado totalmente el mundo, con lo que la literatura ha perdido muchas posibilidades en un sinfín de contextos.

Nos anglais es un título que, con el posesivo *nos*, lo dice ya todo, puesto en la pluma de un francés. Como el relato está situado en la Costa Azul resulta imposible no tener en cuenta la importancia que debieron tener los turistas ingleses en el desarrollo y en la fama adquirida por la región. La reina Victoria, viuda, visitaba la Costa Azul y *La Promenade des anglais* era el paseo marítimo de Cannes. El turismo de la Costa Azul nació como turismo de invierno para las clases altas que huían de los fríos invernales de París y de Londres y para los enfermos de tuberculosis, que eran legión y para los que la medicina de entonces no tenía otro remedio que la benignidad del clima mediterráneo. En este relato, Maupassant asocia a los ingleses con la Costa Azul y, una vez más, aprovecha la ocasión para mostrar cómo unos visitantes extravagantes pueden estropear las bellezas naturales: la vía que Maupassant elige en esta historia para zaherir a los ingleses es la religiosa. Hoy conocemos mal, o tendemos a olvidar, la rivalidad que entre catolicismo y protestantismo se avivó en muchas partes en la segunda mitad del siglo XIX. Como se trata de un relato con muchas irreverencias, Maupassant finge que son tres hojas de un diario que el narrador encuentra en un compartimento de un tren entre Cannes y Menton. El desconocido autor del diario llega a esta

ciudad, «capitale des poitrinaires», como decían en tono festivo los franceses, y se hospeda en un hotel donde apenas hay más huéspedes que un grupo de ingleses. Maupassant se deleita describiendo la entrada de éstos en el comedor del hotel, hombres y mujeres, jóvenes y maduros. Como siempre, la vestimenta de los ingleses y en especial los sombreros de las señoras aparecen ridiculizados con los trazos más severos:

Deuxième entrée. - Trois dames, trois Anglaises, la mère, deux filles. Chacune d'elles porte sur la tête un oeuf à la neige, ce qui m'étonne. Les filles sont vieilles comme la mère. La mère est vieille comme les filles. Toutes trois sont minces, à façades planes, hautes, lentes, raides; et elles ont des dents extérieures pour faire peur aux plats et aux hommes. [...] Toutes ces dames d'ailleurs ont l'air de conserves au vinaigre, bien qu'il y ait, parmi elles, cinq jeunes filles, pas trop laides, mais plates, sans espoir visible. [...] Deux jeunes messieurs, plus jeunes que le premier, sont également enfermés en des redingotes sacerdotales. Ce sont des prêtres-laïques, à femmes et à enfants, nommés pasteurs. Ils ont l'air plus propres, plus sérieux, moins aimables que nos curés. Je ne changerais pas une tonne de ceux-ci contre une barrique de ceux-là. Chacun son goût.

(II, 454)

Después de bendecir la mesa reanudan una conversación sobre textos bíblicos cuyas citas se prestan a las burlas del francés, quien dice entender un poco el inglés. Los ingleses pasan luego a un salón y alrededor de un piano cantan himnos: es domingo; los días de la semana, en lugar de himnos, tocan y bailan polkas, valeses y contradanzas; al domingo siguiente el francés, que no ha conseguido ser admitido en el grupo de los ingleses —otra vez la arrogancia y la insularidad— esconde la llave del piano y cuando los otros vienen a pedírsela les espeta este discurso: «Je ne puis admettre, messieurs, que vous vous serviez, por chanter la gloire de Dieu, d'un instrument qui a servi toute la semaine à faire danser des jeunes filles. Nous ne donnons pas de bals publics dans nos églises, nous, monsieur, et nous ne jouons pas des quadrilles avec nos orgues» (II, 459). En este relato los ingleses aparecen ridiculizados en su vestimenta, en su apariencia física y en las actividades que llevan a

cabo en el hotel. Como en el cuento no se les hace hablar nunca, resultan víctimas pasivas del hostigamiento a que los somete el francés, son como siluetas de una historieta de dibujos animados. Aunque en muchas ocasiones Maupassant saca partido de la torpeza lingüística de los ingleses para hablar francés, en este relato el lector intuye que estos ingleses tampoco lo hablan pero que no sienten por ello la menor incomodidad: es la arrogancia imperial que obliga a los nativos a hablar la lengua de la administración lo que late tras estas conductas cómicas vistas por Maupassant. La caricatura de este cuento está muy lograda y el lector, incluso el de hoy, percibe muy bien la gran distancia que separaba entonces a ingleses y franceses en el aspecto religioso; basta recordar que las sociedades que hacían propaganda para vender Biblias —como se decía entonces— eran a lo largo de todo el siglo XIX, cosa muchas veces mencionada, y Miss Harriet era buen ejemplo de ello. El cuento está también dirigido contra los ingleses viajeros, contra los turistas; como el relato finge que son tres páginas de un diario anónimo, Maupassant lo termina con un breve epílogo de su cosecha:

Bien que ces notes révèlent de la part de leur auteur un extrême mauvais goût, un esprit commun et beaucoup de grossièreté, j'ai pensé qu'elles pourraient mettre en garde certains voyageurs contre le danger des Anglais en voyage.

Je dois ajouter qu'il existe des Anglais charmants, j'en connais, et beaucoup. Mais ce ne sont pas, en général, nos voisins d'hôtel.

(II, 460)

En *Le marquis de Fumerol* se trata de un aristócrata que, tras una vida disipada, se ha vuelto librepensador y que en su vejez se ha convertido en la oveja negra de su familia, una familia monárquica y muy católica; el viejo marqués vive en un pisito parisino, con una antigua criada y con dos antiguas entretenidas; cae gravemente enfermo y su hermana, que es la madre del narrador de la historia, quiere que reciba los últimos sacramentos antes de morir; tras complejas estrategias, el cura llevado por la familia, entra en la habitación del marqués: éste esta-

lla de cólera y con terribles insultos echa de la habitación al sacerdote, quien, con la hermana del marqués y con el sobrino, se retira a la cocina para planear otra aproximación; al cabo de media hora se oyen unos gritos tremendos y ruido de muebles: cuando el sobrino acude a la habitación de su tío se encuentra con dos hombres, uno detrás del otro, esperando que aquel ataque de furor acabe con el viejo; la escena se nos describe así:

À sa longue redingote ridicule, à ses longs souliers anglais, à son air d'instituteur sans place, à son col droit et à sa cravate blanche, à ses cheveux plats, à sa figure humble de faux prêtre d'une religion bâtarde, je reconnus aussitôt le premier pour un pasteur protestant.

Le second était le concierge de la maison qui, appartenant au culte réformé, nous avait suivis, avait vu notre défaite, et avait couru chercher son prêtre à lui, dans l'espoir d'un meilleur sort.

Mon oncle semblait fou de rage! Si la vue du prêtre catholique, du prêtre de ses ancêtres, avait irrité le marquis de Fumerol devenu libre penseur, l'aspect du ministre de son portier le mettait tout à fait hors de lui.

(II, 812)

El sobrino echa a empujones a los dos intrusos, el marqués se muere del ataque, el cura católico le da la absolución *in extremis*, la hermana del marqués dice que su hermano la ha reconocido en el último instante y la familia, finalmente, lleva a cabo un entierro solemne, con discursos incluidos, para gloria y prez del partido monárquico y católico. Con su sátira descarnada de los aspectos más clericales de cierta aristocracia, empapada toda ella en un fondo de la mejor picaresca cómica, Maupassant consigue una obra maestra del género cuentístico.

En *Le Rosier de Mme Husson* el narrador se encuentra en la pequeña ciudad normanda de Gisors con un antiguo compañero de colegio que ahora es médico en la ciudad y que le recibe efusivamente; entre las muchas cosas de que hablan tras una excelente comida, el médico, un normando que «ejerce» de normando, hace tales alardes de las glorias locales que su amigo le acusa en tono festivo de ser víctima —dice literalmente— del

espíritu de campanario; y el médico entonces se defiende en estos términos:

L'esprit de clocher, mon ami, n'est pas autre chose que le patriotisme naturel. J'aime ma maison, ma ville et ma province par extension, parce que j'y trouve encore les habitudes de mon village; [...] Ainsi moi, je suis Normand, un vrai Normand; eh bien, malgré ma rancune contre l'Allemand et mon désir de vengeance, je ne le déteste pas, je ne le hais pas d'instinct comme je hais l'Anglais, l'ennemi véritable, l'ennemi héréditaire, l'ennemi naturel du Normand, parce que l'Anglais a passé sur ce sol habité par mes aïeux, l'a pillé et ravagé vingt fois, et que l'aversion de ce peuple perfide m'a été transmise avec la vie, par mon père.

(II, 954)

Esta especie de discurso patriótico, fruto en parte de la regada comida y sobremesa, entra en un contexto también festivo y no resulta en absoluto chocante al lector; es además informativo y refleja el famoso revanchismo que crecía en los corazones franceses frente al nuevo enemigo alemán. Por otra parte, el empleo del adjetivo *perfide* aplicado al pueblo inglés, aunque no creo que lo inventase Maupassant, estaba en el aire de la época: *la perfide Albion* debió ser el cliché inventado por los franceses a partir de Waterloo y de Santa Helena, una especie de nuevo grito de guerra que llegaría a los labios pensando en Juana de Arco. Como tal cliché, llegó a hacerse universal, aunque entonces nadie podía sospechar que la nación así calificada contribuiría más que ninguna otra a que parezca que Francia no pierde las guerras que en realidad no gana.

Hemos dejado para el final un cuento donde entran protagonistas de las tres naciones: Inglaterra, Prusia y Francia. El relato se titula *Un duel* y apareció en 1883. El duelo ya estaba entonces prohibido por las leyes francesas pero a pesar de tal prohibición seguía habiendo duelos. El relato empieza así:

La guerre était finie; les Allemands occupaient la France; le pays palpitait comme un lutteur vaincu tombé sous le genou du vainqueur.

De Paris affolé, affamé, désespéré, les premiers trains sortaient, allant aux frontières nouvelles, traversant avec lenteur les campagnes et les

villages. Les premiers voyageurs regardaient par les portières les plaines ruinées et les hameaux incendiés. Devant les portes des maisons restées debout, des soldats prussiens, coiffés du casque noir à la pointe de cuivre, fumaient leur pipe, à cheval sur des chaises. D'autres travaillaient ou causaient comme s'ils eussent fait partie des familles. [...] M. Dubuis, qui avait fait partie de la garde nationale de Paris pendant toute la durée du siège, allait rejoindre en Suisse sa femme et sa fille, envoyées par prudence à l'étranger, avant l'invasion.

(I, 947)

Esta larga cita revela el sentimiento general de los franceses vencidos pero para el lector contemporáneo había más datos: la guardia nacional, que en numerosas ocasiones había merecido la sarcástica burla de Maupassant, era una milicia urbana que, militarmente, había sido de muy escasa utilidad; el Sr. Dubuis era un buen burgués de París que, ante la amenaza de guerra había enviado a su familia a Suiza; las nuevas fronteras a que alude el texto se refieren a la pérdida de Alsacia y Lorena por parte de Francia. Maupassant añade enseguida que aquellos prusianos eran los primeros que veía el Sr. Dubuis, lo que parece una alusión a la guardia nacional, es decir, a los defensores de París que no habían llegado a ver al enemigo que los sitiaba: la alusión a la cobardía y a la ineficacia de tal milicia parece bastante clara. El Sr. Dubuis mira ahora al enemigo, desde el tren, con un sentimiento de patriótica impotencia; pero no viaja solo: «Dans son compartiment, deux Anglais, venus pour voir, regardaient de leurs yeux tranquilles et curieux. Ils étaient gros aussi tous deux et causaient en leur langue, parcourant parfois leur guide, qu'ils lisaient à haute voix en cherchant à bien reconnaître les lieux indiqués» (I, 948). En una modesta estación sube un imponente oficial prusiano con un gran sable a rastras: es alto, estirado en un uniforme impecable y con una espesa barba que le cubre la cara, además de unos bigotazos de color rojizo: «Les Anglais aussitôt se mirent à le contempler avec des sourires de curiosité satisfaite, tandis que M. Dubuis faisait semblant de lire un journal. Il se tenait blotti dans son coin, comme un voleur en face d'un gendarme» (I, 948). El ofi-

cial prusiano habla francés con su fonética característica, que en la pluma de Maupassant consiste en trocar las consonantes iniciales de palabra, haciendo sonoras las sordas y las sordas sonoras, y consiguiendo así un efecto cómico muy logrado. Maupassant saca buen partido en numerosos pasajes a ese francés hablado por los prusianos. El oficial en cuestión empieza enseguida a insultar a Francia y a los franceses, alardea de haber matado a muchos y asegura que en veinte años toda Europa estará en manos de Prusia. Los ingleses de vez en cuando dicen «Aoh yes» y nada más. El prusiano, para provocar al Sr. Dubuis, le planta una bota encima de sus piernas: el francés, rojo de cólera, no se da por aludido: «Les Anglais semblaient devenus indifférents à tout, comme s'ils s'étaient trouvés brusquement renfermés dans leur île, loin des bruits du monde» (I, 949). El prusiano pide tabaco al francés y como éste le contesta que no tiene, el otro le dice que en la próxima estación tiene que bajar a comprárselo; el francés, siempre callado, al llegar a la estación, baja corriendo y se mete en otro compartimento; pero en la siguiente estación el prusiano, seguido por los dos ingleses, lo localiza y los tres se meten donde está el francés; el prusiano le dice entonces que como no le ha obedecido, va a arrancarle el bigote para llenar su pipa; mientras los ingleses, impasibles, contemplan la escena y ven el primer tirón del prusiano, el Sr. Dubuis, que no puede aguantar más, derriba de un manotazo al prusiano sobre el asiento y lo cubre de golpes; el alemán, jadeante, sangra por la boca, incapaz de quitarse al francés de encima: «Les Anglais s'étaient levés et rapprochés pour mieux voir. Ils se tenaient debout, pleins de joie et de curiosité, prêts à parier pour ou contre chacun des combattants» (I, 950). El prusiano, incapaz de defenderse, desafía al francés en estos términos: «Si fous ne foulez pas me rendre raison avec le bistolet, che vous tuerai» (I, 950). El Sr. Dubuis contesta que cuando quiera. Están llegando a Estrasburgo, donde el tren para bastante; el prusiano busca en la misma estación a dos oficiales alemanes y el francés pregunta a los ingleses si

quieren ser sus padrinos; al unísono responden «Aoh yes»; enseguida están todos junto a las murallas de la ciudad; los prusianos proporcionan las pistolas; el Sr. Dubuis no ha cogido una pistola en su vida y cuando oye una voz que grita «Feu!» tira sin más y para asombro suyo ve caer de bruces al prusiano; lo ha matado:

Un Anglais cria un «Aoh» vibrant de joie, de curiosité satisfaite et d'impatience heureuse. L'autre, qui tenait toujours sa montre à la main, saisit M. Dubuis par le bras, et l'entraîna, au pas gymnastique, vers la gare.

Le premier Anglais marquait le pas, tout en courant, les poings fermés, les coudes au corps.

«Une, deux! une, deux!».

(I, 951)

Cogen el tren cuando está arrancando:

Le train partait. Ils sautèrent dans leur voiture. Alors, les Anglais, ôtant leurs toques de voyage, les levèrent en les agitant, puis, trois fois de suite, ils crièrent:

«Hip, hip, hip, hurrah!».

Puis, ils tendirent gravement, l'un après l'autre, la main droite à M. Dubuis, et ils retournèrent s'asseoir côte à côte dans leur coin.

(I, 951)

Así termina el cuento. A pesar de lo exagerado de las situaciones el talento narrativo de Maupassant consigue que el lector lo acepte todo y disfrute con la fuerza cómica que lo impregna. La desmesura del prusiano queda muy mitigada por el pintoresco francés que pronuncia. El lector de la época aceptaba sin dificultad el hecho de que el prusiano finalmente agredido por el francés, responda no con golpes o armas sino con un desafío a batirse en duelo. El concepto decimonónico del honor es algo difícil de comprender hoy. La caricatura de los dos ingleses está logradísima, gracias sobre todo a sus mínimas intervenciones lingüísticas, reducidas al repetido «Aoh yes». Las del Sr. Dubuis son también muy escasas, limitándose casi a

sí o no, pero sus sentimientos y sus pensamientos acerca de los prusianos y de la guerra resultan evidentes; sin embargo, el lector tiene la sensación de que la constante acusación de que son objeto los ingleses es más bien cosa del narrador. Éste parece acusar a los ingleses de no defender al francés frente a los insultos y el hostigamiento de que es objeto; se trata de la idea, corriente en toda Europa, que acusa a los ingleses de egoísta insularidad, la famosa *splendid isolation*; no deja de ser curioso que esta acusación, viva hoy a propósito de la Unión Europea, se la hacía Maupassant en 1883, a pesar de que, como hemos visto, él los veía como los auténticos enemigos históricos. Maupassant parece estar acusando a Inglaterra de no ayudar a Francia frente al nuevo enemigo prusiano. Maupassant, que murió en 1893, no podía sospechar que esa ayuda sería esencial en 1914 y en 1940. La guerra de 1914, llamada después Primera Guerra Mundial fue en gran parte consecuencia de *l'esprit de revanche* que la mayoría de los franceses empezaron a cultivar a raíz de la derrota de 1870: la revancha tenía sobre todo por objeto recuperar Alsacia y Lorena y aunque entonces no lo sospechase quizá nadie, en el nuevo orden de las alianzas, lo que los franceses llaman o llamaron *le renversement des alliances*, eran los Estados Unidos de América los que iban a empezar a representar su gran papel. Este papel, que en 1918 consistió sobre todo en el Tratado de Versalles, impuesto por el Presidente Wilson, criticado después por todos y culpable en parte del advenimiento del nazismo y de un nuevo mapa europeo, vendría a representar, a partir de 1945, el nuevo orden mundial. El difícil equilibrio de Francia, obligada a aceptar la protección de su viejo enemigo inglés, se vio facilitado desde un principio por su antigua colaboración con el naciente Estado norteamericano en su guerra de independencia frente a la monarquía inglesa.

Las rivalidades y diferencias entre franceses e ingleses, propias de vecinos poderosos e influyentes en otros espacios, datan de siglos y los textos que hemos transcrito dan buena

prueba de ello; a modo de anécdota no me resisto a mencionar la nota que Louis Forestier, el excelente editor de los cuentos de Maupassant en la colección de La Pléiade, escribe a propósito de *Un duel*, el último relato comentado: «Miss Harriet contenait quelques traits acérés contre les Anglais. Ici, c'est de l'humour noir que de montrer ces êtres se livrant à leur passion légendaire du 'tourisme' sur les champs de bataille encore brûlants» (I, 1579). L. Forestier escribe esto con absoluta seriedad en 1980, como si no fuese capaz de saborear la estupenda caricatura que Maupassant presenta en el cuento a través de los personajes de los tres países.

A lo largo de la revista que hemos pasado a los textos en que figuran personajes alemanes e ingleses, creo que es posible notar cómo Maupassant trata a unos y a otros, y cómo, en conjunto, y dadas las circunstancias literarias de todos esos relatos, salen peor tratados los ingleses, a pesar de que los invasores de 1870 fuesen los alemanes. Entre los dos grupos de relatos, en torno a prusianos y en torno a ingleses, la diferencia más importante radica en esto: en los cuentos sobre los prusianos el objetivo de la sátira y de la burla de Maupassant suelen ser los franceses, mientras que en los cuentos en torno a ingleses son éstos el objetivo de la visión satírica de nuestro autor. Esto es, a mi juicio, una de las mejores pruebas de la famosa objetividad de Maupassant, lo que hace de él un agudo testigo de la Francia decimonónica.

MILLÁN URDIALES
Universidad de Oviedo